

# EL CUENTO MÁS IMPORTANTE

Andrés R. Blanco

El 18 de marzo de 2008 Arthur fue hacia la luz. Según iba saliendo del largo túnel vio al final la figura de una silueta. Esperándole, supuso. Cuando todo fue blanca a su alrededor la figura se acercó y le dijo amablemente: “Acompáñeme, por favor”. Y así lo hizo sin decir nada.

Desde el mismo momento en que se vio en el túnel y tras superar la impresión del tránsito, su mente racional aumentó la expectación ante los próximos acontecimientos. Almacenar, analizar, reflexionar... El hábito científico de tantos años seguía vivo en él. También el de narrador. “No creo que tenga ya ocasión de contar nada”, pensó, “así que esta vez me parece que yo seré uno de los personajes de la historia. Aunque, ¿quién se encargará de contarla?”

Observó mientras andaban. Todo era nebuloso a su alrededor y no podía distinguirse nada a más distancia de un par de metros pero, curiosamente, a su paso se iban formando perfiles, paredes, objetos algo más sólidos que el tejido de nube que todo lo envolvía. Como si las dos figuras fueran el desencadenante de un encadenamiento molecular. Giró la cabeza. La leve concreción del pasillo por el que se movían volvía a lo difuso según lo iban dejando atrás. Y qué decir de la figura que le precedía. Antropomorfa en la silueta, sí, pero sin vestigio de ropa alguna y sin definición de músculos, vello, arrugas... Y lo que podía suponerse carne era algo semigaseoso, semilíquido, con cierto brillo plateado. Pero todo lleno de armonía en su aspecto y movimientos. Tampoco pudo concretar si era hombre o mujer. Bueno... masculino o femenino ¿Un ángel, quizás?

Aunque en sus historias había viajado de manera ingente por la imaginación, Arthur aún guardaba en su corazón lugar para la sorpresa. También para la curiosidad y la impaciencia. Así que no pudo esperar más y preguntó:

–Perdone. ¿Es esto lo que se conoce como cielo, limbo o algo así?

Su acompañante sonrió y se situó junto a él.

–No exactamente. Es una cuestión de dimensiones. Usted debe de saber algo sobre ello, aunque sea extremadamente difícil para cualquier ser pensar en coordenadas distintas de las que componen su estructura físico–mental.

–Me pilla usted. Las hipótesis de lo extraño nunca han sido lo mío. Toda mi imaginación, la **que he utilizado** para contar historias y escribir mis libros, proviene de fundamentos científicos, esos que antes o después, aunque sean cientos o miles de años, serán medibles y comprobables.

La figura volvió a sonreír, pero no dijo nada más.

Arthur no se rindió. Reaparecía su espíritu científico, el que le había llevado a mantener encendidas y largas discusiones y controversias con sus colegas. Cómo había echado de menos los últimos años a su viejo amigo Isaac. Insistió:

–¿Y si le hablo de universos paralelos, me estoy aproximando más?

–No se preocupe. Quizá lo entiendo mejor cuando hable con la Voz.

–¿La Voz? ¿Se refiere a Dios?

Arthur pensó que su acompañante había estado a punto de soltar una carcajada. Pero en vez de eso habló suavemente.

–No como ustedes lo ven, pero algo parecido. La Voz le explicará por qué está usted aquí. Algo en su vida ha dado lugar a un asunto que ha quedado pendiente, y debe resolverlo antes del siguiente paso. ¡Hemos llegado!

Arthur se vio frente a una puerta, que traspasó a indicación de su acompañante. Realmente no es que esperara una sala inmensa, con coros celestiales y formaciones de ángeles y arcángeles, pero aún así se sorprendió de lo reducido del espacio en que entró y de lo “vulgar” de la apariencia de aquél –o aquélla: tampoco estaba seguro– que debía de ser “la Voz”. Apariencia “vulgar”, desde luego, en relación con la primera figura que le había acompañado desde el túnel hasta allí.

–¿Cómo se siente, Arthur? –dijo la Voz–. ¿Esperaba usted algo como... esto?

Aquella voz le llegó nítida y a la vez con una suavidad extrema. Y no sólo eso: era como si aquel sonido traspasara las fibras de su ser, las fibras o lo que fuera que ahora lo conformara.

–Me siento, sobre todo, expectante. No tenía ninguna seguridad de que tras mi muerte fuera a seguir teniendo conciencia de mí mismo.

–Lo que ustedes llaman muerte no lo es en términos absolutos. Todo es algo más complejo que las distintas concepciones cosmogónicas que circulan en su mundo. Pero esas concepciones también tienen puntos próximos a lo que llamaré, para que lo entienda fácilmente, el universo global. O multiverso, si lo prefiere.

–O sea, que hay muchos universos paralelos...

–Precisamente paralelos, no. Son tangentes, se entrecruzan, conectan y contactan entre sí de alguna forma, aunque esa forma sea remota y ocasional.

–¡Claro, eso explicaría la cuestión de los fantasmas y espíritus...! –Arthur comenzaba a disfrutar con su situación–. Entonces, las ecuaciones que formuló...

–Olvídese de fórmulas y ecuaciones –le interrumpió con calma la Voz–. Los puentes de contacto entre universos, las dimensiones –**bastantes más que sólo su espacio y su tiempo**–

no están sujetas a aritmética, física o geometría. Sustituya esos términos por acontecimiento, acto, coincidencia y trascendencia, en un significado mucho más amplio del que les dan ustedes y estará más cerca de entender el entretejido multicósmico.

Arthur multiplicó las coordenadas de su mente en un intento de aprehender las palabras que recibía.

–Pero ahora, todo eso es superfluo y tendrá tiempo de seguir rompiendo las limitaciones que incluso usted, en sus historias, había trazado. Ha de seguir su camino, pero antes debe resolver un asunto que un acto suyo, imaginando un acontecimiento y dándose por esa casualidad una coincidencia entre dos universos, ha dado lugar a una trascendencia sobre la que usted, origen de ella, debe tomar una decisión. El futuro de un mundo depende de usted.

–¿Cómo es posible? –Arthur no había dudado ni un momento de las palabras de la Voz y estaba asustado ante tal responsabilidad–. ¡Sólo soy un simple humano! Un mundo no puede depender de mí.

–Nada es simple, nadie es simple. Todo es más complejo. En la conformación del multiverso hay muchos universos. Tienen su ciclo. Aparecen y desaparecen y no importa que desaparezcan. Lo que importa es el hecho de su existencia mientras son. No todos los universos alcanzan esa consciencia. Cuando lo hacen, digamos que avanzan un paso en la graduación de las esferas cósmicas. Yo, por ejemplo, mi raza, pertenecemos a un universo mucho más antiguo que el suyo y por eso ahora formamos parte de la semiordenación del universo global.

–¿Semiordenación?

–Sí. Nada hay del todo ordenado o sujeto a un designio único y final. Parcial, sí. Y es lo que ahora le incumbe. ¿Recuerda estas palabras, Arthur?: “Encima de ellos, en la paz de las alturas, las estrellas se apagaban una a una...”

–Sí, claro –Arthur sonrió. Era el final de uno de sus cuentos más eficaces.

–Cuando usted escribió esa historia estableció un nexo entre usted mismo y un universo que precisamente se regía por la idea general que usted había imaginado para el cuento: el cumplimiento de su destino. Su imaginación trascendió a una realidad plena, aunque no la de usted. En ese universo se han apagado casi todas las estrellas. De hecho, empezaron a apagarse en el momento en que usted escribió esas palabras que le he citado. Su “muerte” ha coincidido con las últimas estrellas que albergan vida. El lazo trascendente que se creó entre usted y ese universo le permite decidir qué ha de pasar. Puede dejar que llegue el final definitivo o escribir una nueva historia que reconduzca ese final y permita un nuevo curso a ese cosmos.

–¿Y qué pasará conmigo?

–Tanto si escribe o no esa historia continuará su tránsito. Y no me pregunte: ni siquiera nosotros sabemos qué ocurre en el último paso.

Arthur C. Clarke, sintiéndose muy poderoso y muy humilde al mismo tiempo, decidió de inmediato ser padre –no *hijo*– de las estrellas. Sin dilación se dispuso a salvar un universo.

–Éste sí que va a ser el cuento más importante de mi vida. O mejor dicho –y sonrió–, de mi muerte.